

nion popular, y que ninguno de ellos, á no ser que sea Sócrates, la tuvo por verdadera, y con este motivo observa que con grande confusion de la humanidad ó de la razon humana debe confesarse que los sabios mas respetados de la antigüedad se imaginaban que era lícito enseñar una cosa y pensar otra; y engañar al pueblo aun en cosas de religion cuando la ficcion ó engaño podia ser útil al público.

Cuanto me dice usted sobre falta de datas cronológicas, de remisiones oportunas, de breves citas marginales, de memoria de personas y sucesos contemporáneos al que se refiere, etc., son advertencias que me servirán muchísimo. Aprecio igualmente las críticas noticias que usted me da de las ediciones de Plutarco, y de escritos hasta ahora inéditos de autores eclesiásticos antiguos, etc.

Es cierto que desde el siglo séptimo en adelante hay en mi obra escasez de noticias y falta de estension en las que doy. Esto en general entra en mi plan, como advertí al principio del tomo v. Sin embargo, conozco que deben añadirse varias pinceladas, ya para quitar algunas sombras, ya para que pueda ser mas viva la apologia que desde la página 293 del tomo ix hice de los siglos llamados de ignorancia. Tambien convengo en que debe estenderse algo la noticia de los tres ó cuatro siglos anteriores al concilio de Trento. Mas en cuanto á los tiempos posteriores, aseguro á usted que conocí antes de emprender el trabajo que habia de andar siempre pisando espinas, y así lo he experimentado. Pero creo que para mi fin de inspirar horror al deísmo y á la erudicion superficial, que en todo pone dudas, y veneracion á la Iglesia y á sus determinaciones y disposiciones, no podia dejar esta última época, y me parece que usted convendria en ello si lo pudiésemos hablar de silla á silla. Pasages hay que los habré escrito diez veces dándoles diferente *tour*, como usted dice; y con todo serán muchos los que en la segunda edicion comparecerán con otro nuevo, y de esta clase son los principales que usted apunta. Repito, pues, las mas espresivas gracias por la amistosa censura; y repito tambien la súplica de que cualquiera otra especie que ocurra á usted digna de mi atencion, me la comunique con igual franqueza.

AMAT

(DON FÉLIX TORRES),

Obispo de Astorga.

(Véase el artículo TORRES.)

APECECHEA

(DON FERMIN DE LA PUENTE Y). (1)

MEMORIA BIOGRÁFICA

DEL SEÑOR D. JOSÉ MUSSO Y VALIENTE (2).

Así como la vida de un buen ciudadano, en tanto que alienta, pertenece á su patria, no menos le corresponde la memoria de sus hechos, especialmente cuando desapareciendo de entre los hombres, vive ya solo en la posteridad de brillantes acciones que ha dejado detras de sí, y que forman la gloria de su nombre. Porque si por una parte es justo el tributo de gratitud y aplauso que se rinde al mérito y la virtud, todavia es privilegio de aquellas almas sublimes que el recuerdo de su existencia sea como una semilla celestial, que haga brotar en los ánimos generosos que los consideran, el noble deseo, la emulacion provechosa de asemejarse á lo que respetan y admiran. Deber es, pues, de los que afligidos y pensativos contemplan el ocaso de uno de estos astros benéficos, conservar el rastro de luz que dejan en el horizonte de la vida, despues de hundirse en la noche del sepulcro; y deber tanto mas sagrado, cuanto en los desastrosos tiempos que alcanzamos, se halla menor número de estos hombres, que sirvan de desagravio á la humanidad y á su siglo.

Y como quiera que no ya mi cariño, sino la voz pública concede

(1) No hemos podido obtener de la suma modestia de este jóven y apreciable escritor ningun apunte para escribir su noticia biográfica. Creemos que nació en Sevilla, donde reside. El carácter de sus bellas poesias, de las que insertamos una á continuacion, es enteramente el de la antigua escuela sevillana.

(2) Véase el artículo *Musso*.

al que hoy lloramos los dictados de sabio y virtuoso, razon será que la nacion sepa qué títulos tenia para ellos; y aun por lo mismo casi todos los periódicos, al anunciar la triste nueva de su fallecimiento, prometieron dar una noticia de su vida, así que reuniesen materiales para formarla.

Por cierto muchos de sus amigos se han disputado el honor de rendirle este postrer homenaje (1), y es justo que yo les tribute aquí, en nombre de toda la familia, el mas vivo reconocimiento. Ignoraban, sin embargo, que él mismo habia cuidado de ahorrarles este trabajo, escribiendo las memorias de su vida, y dibujándose en ellas con admirable verdad y sencillez: libro verdaderamente de oro, que sin duda verá algun dia la luz pública, y no será de pequeño interes, así para la historia como para la literatura nacional. Mas, como probablemente haya de pasarse mucho tiempo antes de su publicacion, siempre era menester que cuando está reciente la memoria de tamaña pérdida, se bosquejase una sombra del retrato que mas adelante ha de aparecer. Y á la verdad, á nadie podia yo ceder este honor: la intimidad de nuestras relaciones, como que padre le llamaba, y como hijo le amaba y respetaba; la facilidad de tener á la vista aquellos antecedentes, todo exigia de mí que yo fuese quien trazase las líneas que habian de representarle. Por otra parte la falta de tino con que yo lo verifique, se compensará un dia con la publicacion del original; y si hay gloria, si hay consuelo en hacer que sea conocido y respetado, á nadie mas que á mí corresponde, porque nadie ha perdido mas que yo.

Pero si á emprender la obra me estimulaban mi propio deseo y las frecuentes escitaciones de todos, retraíame el dolor: estremeciame al haber de sondar toda su profundidad, por mas que esta sola idea absorbiese de continuo todas las fuerzas de mi alma. — Tres meses van á cumplirse ya, y aun no he llenado aquel triste deber: lo haré, pues, ahora, escribiendo no un artículo, en que solo se marquen las épocas de los sucesos de su vida, sino ofreciendo al público una memoria biográfica, que aunque no muy estensa, presente en su verdadera luz su carácter, la indole de sus talentos, su vida pública, su vida privada: tal que deje entrever en lo que diga lo mucho que me veo obligado á suprimir, y que su familia encuentre en sus páginas la imagen del padre, del hermano á quien lloran, y sus amigos con dulce y melancólico recuerdo al mismo á quien trataron, y que con ellos cambiaba los placeres y consuelos de la amistad.

(1) Han manifestado vivos deseos de hacerlo los señores don Joaquin Francisco Pacheco, don José del Castillo y Ayensa, don Ramon Mesonero Romanos, don Manuel Breton de los Herreros, don Salvador Bermudez de Castro, don José Morales Santistevan; y mas que ninguno, alegando en apoyo de su pretension los vínculos de mas antigua amistad y parentesco, don Mariano Roca de Togores, al cual por lo mismo me creo obligado á decir que hubiese debido ceder el puesto, si yo hubiera podido dejar de mantenerle.

Con un escollo habré seguramente de tropezar. Unida mi suerte á la suya, especialmente en ciertas épocas, tal vez corra mi pluma, y traslade al papel lo que rebosa del corazon. Mas ¿cómo escribir con frialdad, cuando se trata de los mas dulces intereses de la vida? Fuera de que aun cuando me fuese dado ahogar dentro de mi aquellos sentimientos, nada conseguiria á fuerza del disimulo, sino privar del aire de sinceridad que debe llevar, á mi narracion. Irá, pues, esta inculca y desaliñada; pero tal como brote del corazon: si al lector ofenden las lágrimas, que abandone desde ahora estas páginas, porque yo sin ellas no acertaré seguramente á escribirlas.

Nació don José Musso y Valiente en la ciudad de Lorca á 25 de diciembre de 1785. Fueron sus padres los señores don José Maria Musso y Alburquerque y doña Joaquina Perez Valiente y Brost, hija de los señores condes de Casa-Valiente. Aquellos esposos, despues de esperar nueve años sucesion en su matrimonio, implorándola del cielo como una sancion del cariño que se tenian, y porque deseaban quien perpetuase el lustre de su familia, y heredase los cuantiosos bienes con que los habia favorecido la suerte, lograron ver mas que colmados sus votos, hallándose padres de tal hijo. Nueva prenda de su union fué don Pedro Alcántara, hoy mariscal de campo de los ejércitos nacionales, cuyo nacimiento refiero aquí, porque unido desde la cuna á su ilustre hermano con los vínculos del mas tierno cariño, parece que no es posible dar idea mas exacta de la intimidad y ternura que entre los dos reinaba, que decir que se amaron desde que nacieron, hasta el punto que los dividió la muerte.

Su madre, señora de relevantes prendas, quiso dirigir por sí sola la primera educacion del deseado niño, preparando acertadamente su entendimiento y su corazon infantil para mas estensa instruccion. A nadie quisieron fiar los autores de sus dias el encargo de dársela, sino á los padres escolapios, que ya entonces obtenian la merecida reputacion que hoy gozan, y que sobrenada entre tantos trastornos, de singular acierto para la enseñanza de la juventud. Entró, pues, el niño en clase de alumno interno en el seminario de escuelas pias de San Fernando de Avapies en 1796, y en él se perfeccionó en las primeras letras, y aprendió latinidad y humanidades en el corto espacio de dos años; y aun como hubiese en aquella época exámenes públicos en el establecimiento, los sufrió de dichos ramos, distinguiéndose en ellos notablemente por su aprovechamiento y despejo. Salió del colegio en el otoño de 1798, y recelosos sus padres de que el abandonarle en tan tierna edad á los peligros de la corte pudiese alterar la pureza de su alma, que mas que su instruccion les interesaba, le tenian bajo la direccion de un ayo prudente é instruido, el P. Chevalier, clérigo de la emigracion francesa, el cual le enseñaba diferentes ramos, acompañándole á los estudios públicos de filosofia de San Isidro y á los de

matemáticas, que hizo en la academia de San Fernando, bajo la direccion del sabio profesor don Antonio de Varas. En todos ellos sobresalia, como que ya desde el colegio dió á entender claramente que á ninguno se dedicaria en que no obtuviese la palma del triunfo sobre todos sus émulos y competidores. Pero sobre todo hizo con notable aprovechamiento el de las matemáticas, cuyas profundas abstracciones y complicados cálculos comprendia y seguia entre los juegos y travesuras de su niñez, por cierto muy bulliciosa, hasta el punto de escitar frecuentemente la admiracion de sus catedráticos aquella singularidad. De sus adelantos dió muestras bien claras en los rigurosos exámenes que sufrió en público, y en ellos disertó sobre la hidrodinámica.

Concluidos sus estudios, se trasladó con su familia á Lorca: dedicóse allí al cuidado de su casa, y á ayudar á su padre en el manejo de su caudal; pero no abandonando nunca aquellos, entre los cuales emprendió por este tiempo el de la música. Poco ó nada diremos de esta época de su vida, porque es la que menos interes ofrece para el público. Reducido al círculo de su familia y de sus libros, fácilmente se adivinan sus ocupaciones, y los sucesos que entonces le sobrevendrian. Pero no es de omitir uno de eterna memoria en el pueblo que le vió nacer, y en que la Providencia con paternal esmero preservó sus dias, que destinaba á tan gloriosas empresas. Hablamos de la inundacion del famoso pantano de Puentes, que reventando, arrastró consigo sillares, escombros, barrones y hasta peñascos, y descargando su furia contra el pueblo, distante de allí tres leguas, arruinó calles enteras, y sepultó entre sus ondas á centenares de personas. Dia 30 de abril de 1802, habiendo ido con su padre á visitar aquel inmenso depósito de aguas, tres horas antes de tanto estrago, y en el mismo punto por donde rompieron, estuvo el curioso y desprevenido jóven, se internó por las bóvedas, pasó muy despacio por delante de las compuertas y grifones. ¡ Admirable disposicion del cielo, que de tal suerte velaba por su seguridad !

Entre tanto comenzaban en España sucesos importantísimos, y se preparaban no menores trastornos. « Con indignacion, dice él en sus apuntes, supimos en Lorca la causa del Escorial, con inquietud la entrada de las tropas francesas, con entusiasmo los movimientos de Aranjuez, con sorpresa el cautiverio de la familia real, con dolor el dos de mayo, con recelo el levantamiento de Cartagena. Siguióle Lorca, y en los primeros momentos de efervescencia popular, estuvieron en riesgo las vidas de varios comerciantes franceses, que allí estaban avecindados. Interpusose mi padre, y con su influencia, ayudada de la de otras personas respetables, les salvó la vida. » Me ha parecido copiar literalmente este párrafo, ya porque da una idea del efecto que produjeron aquellos memorables sucesos en los ánimos de todos, como porque la bella accion que le concluye merece sobradamente un recuerdo, sobre todo

en época en que la injusticia de la agresion ahogaba todos los sentimientos de humanidad, y provocaba á los nuestros á su vez á la ferocidad y á la injusticia. Ya desde este momento presenta la vida de Musso un cuadro mas animado. Participando del peligro y del entusiasmo general, se presentó en las filas de la milicia civica entonces establecida, y sirvió en ellas en clase de capitán.

En el año de 1810, invadidas las Andalucias en enero, los restos del ejército del centro se retiraron á Guadix, y el general Aréizaga entregó el mando al general Blake, quien llamado despues á Cádiz, dejó en su lugar á Freire: este, amenazado por Sebastiani, se retiró á Orihuela. Desde entonces pesaron sobre Lorca todas las calamidades de la guerra. En la semana santa de aquel año avanzó un cuerpo de tropas francesas desde Granada, y recibiéndose aviso de que venia otro sobre Lorca por Velez y Lumbreras, emigraron precipitadamente todas las familias que tuvieron medios de hacerlo. Con la suya lo verificó Musso para Murcia, de donde tambien hubieron de salir por aproximarse el enemigo. Entró este en efecto en Lorca, y la casa de aquel sufrió un completo saqueo; primer sacrificio, anuncio de los muchos que habia de ofrecer en las aras de la patria.

Corria ya entre tanto el verano de aquel año, y resolviendo no diferir por mas tiempo el compromiso que en dias mas tranquilos habia formado, se enlazó en 21 de julio con la señorita doña Concepcion Fontes y Reguera, hija de los señores don Joaquin Fontes y doña Maria de los Dolores Fernandez de la Reguera; perteneciente á una de las familias mas distinguidas de Murcia, en cuyo elogio, y hablando de este acontecimiento, que miró siempre como el mas próspero de su vida, será bien que oigamos á él mismo. « Teniame ya, dice, por feliz con la posesion de la que amaba, y hablando humanamente, debia tenerme. Su hermosura habia halagado mis ojos, su dulzura y amabilidad cautivaron mi corazon. Muger casera y trabajadora, recogida y callada, económica en los gastos, caritativa con los pobres, honesta en sus costumbres, religiosa en los sentimientos, prudente con los demas, discreta para llevarme el genio sin adularme ni contradecirme, me dió mas de una vez, Señor, ocasion para conocer la verdad de tus palabras, esto es, que si la casa y las riquezas las dan los padres, tú solo das la muger prudente. — Su compañía ha hecho las delicias de mi vida. »

En el verano siguiente nueva invasion en Lorca: nueva emigracion, que esta vez fué hácia el reino de Valencia. — Al regresar á su pais, hallaron declarada la fiebre amarilla en la plaza de Cartagena: hubieron, pues, de retirarse á San Javier; ¿ mas cuál seria su aficion al estudio, que cercado de tantos peligros, acosado de las pérdidas y quebrantos considerables que sufría la fortuna de su familia, cuando parece que solo pudiera reposar algun tanto de sus penas, al lado de su esposa en el primer año de su venturosa

union, todavía hallaba el secreto de hurtarle algunas horas, para dedicarlas á los libros?

A ellos y á reparar el estrago que habian padecido sus intereses pensaba volver desde Murcia, adonde últimamente se habia trasladado; mas la Providencia lo dispuso de otra suerte. Llamóle de una manera imprevista á la vida pública, y aquí se abre una nueva y gloriosa era de servicios hechos á su patria. Habiendo creído la primitiva junta provincial de Murcia que debia seguir la suerte del ejército, cuando invadieron los franceses la provincia, se refugió con el cuartel general en Alicante. Quedándose aquella sin gobierno, se instaló nueva junta. De aquí, como era natural, resultó conflicto entre ambas; desórden y confusion en los pueblos. Para cortarlos envió la regencia al general Blake, quien con el objeto de apagar para siempre aquellos disturbios, disuelve ambas juntas, y manda que los electores de los diputados á córtes se reúnan otra vez, y designen vocales para otra nueva. Convienen aquellos en elegir uno por cada partido, y por el de Lorca es nombrado Musso, cuando apenas contaba veinte y cinco años, espresando los electores que á haber tenido edad suficiente, le enviáran á las córtes. Sorprendióle la eleccion, y la resistió al principio por modestia; pero cedió en vista del peligro que amenazaba á la patria. Compañeros suyos ó en la misma junta, ó en los afanes que esta le causaba, fueron entre otros, á quienes nombra, el ilustrísimo señor obispo, don Antonio Rubio Garcia, don José Barnuevo, don Francisco Vereá y Cornejo, don Damian de la Santa, don Pedro Andrés, su íntimo y especial amigo, don Valeriano Perier, secretario de la corporacion, don Pedro Maria Olive, redactor del periódico que esta fundó. De ellos se hace aquí especial mencion, ya por la parte que tomaron en la gloria y peligros del que es asunto de este escrito, en aquella época de eterna memoria, ya porque fueron los mejores testigos de sus afanes, de sus tareas, del valor con que defendió la causa pública, de la admirable prevision con que leia en las acciones de algunos las lágrimas que un dia habian de costar á la nacion. Con todos ellos conservó estrecha amistad hasta su respectivo fallecimiento, y los que le sobreviven no negarán ciertamente un recuerdo de dolor y de lágrimas al hombre ilustre que en su seno hizo su aprendizaje en la vida pública. Cual fuese su conducta en la junta, mejor que nadie lo ha declarado él propio por las siguientes palabras: « En ella, por lo que á mi tocaba, me habia propuesto hacer siempre lo mejor, obrar en justicia, preferir el bien general al particular. Pero seria delirio y orgullo que me preciase de haberlo ejecutado así siempre, por mas que no recuerde algo de que me remuerda la conciencia.» Adviértase la religiosidad de quien esto escribia, y que lo escribia para que se leyese despues de su vida y entre la confesion de los secretos mas íntimos de su alma, y podrá formarse una idea exacta del valor de tales espresiones.

No es de nuestro propósito tejer la historia de las operaciones de la junta, por mas que de ellas quepa no pequeña parte de gloria á nuestro héroe: él ha cuidado de hacerlo, sino con grande estension, al menos con aquella pluma elegante y fácil, que tan bien corria por el llano, cuanto difícil, campo de la narracion, como subia llevada por la mano severa del filósofo á trazar el origen y las causas de los acontecimientos, el enlace que entre si tenian, y las consecuencias que debieron producir. Mas para que se forme idea de los trabajos que tuvieron que arrostrar, oigamos de él en breves palabras cual era la situacion en que se hallaban aquellos beneméritos ciudadanos: tal vez nos sirvan de consuelo y esperanza, cuando lamentando hoy iguales ó parecidas calamidades, veamos á los que las padecieron tornar á disfrutar independencia, paz y seguridad. « En corta estension de terreno habian de resistir pocas, no del todo arregladas, casi desnudas y peor mantenidas tropas los ataques de ejércitos numerosos y aguerridos, mandados por los mejores capitanes que en Europa se conocian. Era menester para ello que el pais diese gente, armas, bagajes, viveres, todo, sin contar mas que con sus escasos recursos: era menester que una y otra vez se comenzase de nuevo, y que al desaliento de una y otra derrota se acudiese con providencias no menos enérgicas que prontas, y que sofocando á veces las quejas, se encendiese en los pechos el ardor bélico, cuando por repetidos descalabros estaba á punto de extinguirse. No bastaban para tanto fuerzas humanas... Hizose cuanto pudo sugerir el patriotismo, y aun la necesidad.»

Mas, como para él fuese el estudio la principal medicina, aprovechó este tiempo en dedicarse á leer y meditar las santas escrituras, emprendiendo el estudio profundo de la religion, uno acaso de los en que mas sobresalió. Por entonces escribió tambien un tratadito que intituló: « Reflexiones sobre la naturaleza y último fin del hombre.» Tales eran las meditaciones que ocupaban su ánimo en la edad de la disipacion, en que tan poco suelen cuidarse de ellas la mayor parte de los hombres.

Entreteniase con la música, y alternaba aquellos graves estudios con el del teatro frances. Por entonces se dedicó tambien seriamente al de nuestra lengua, como necesario para todos. Hizole, pues, sobre los clásicos, para lo cual decia que le sirvió maravillosamente el Teatro de la elocuencia española de Capmany. Leíale, pues, y copiaba frases, períodos y párrafos de Mariana, de los Luises y de Cervantes.

Entre tanto se conjuraba violenta tempestad contra mi padre, que no estuvo exento de la suerte comun al que ha de reformar abusos, y no puede menos de lastimar á los que viven de ellos.

Sobresaltados estos, atizando el amor propio de algunos, haciéndoles creer imaginarias ofensas, sorprendiendo la buena fe de los otros, maquinaron para su destitución. A ninguno de ellos nombro, ni de ninguno de ellos quiero acordarme; porque muy niño entonces para conocerlos, cuando aprendí sus nombres, aprendí que habian sido perdonados por los mismos á quienes directamente ofendieron. Pero si arde en mi corazón eterna gratitud á los que en la época de la prueba se mostraron fieles á la justicia y á la amistad; y en este número cuento á la cabeza á Musso y á su hermano, que reprobaron con indignación aquellos manejos, y á su firmeza debieron la frialdad y resentimiento de algunos, fatal levadura que fermentando un día, habia de convertirse contra ellos en implacable persecución. Desde aquella época conocí yo al que mas adelante habia de obtener de mí el cariño y el respeto de hijo. ¡ Cuán ageno estaba entonces de imaginar que el niño que apenas sabia hablar (cuatro años contaba yo á la sazón), y á quien veía jugar entre los suyos, habia de dar á conocer hoy su vida, y derramar tantas lágrimas sobre su sepulcro!

Lograron los contrarios en parte su objeto: mi padre, separado de Lorca, fué promovido al consejo de Castilla, y á poco tiempo fatigada su salud, no del peso de los años, si de honrosos servicios hechos á su patria, falleció prematuramente en Manzanares. Séame permitido no separar en el sepulcro los nombres de aquellos á quienes enlazaron tanto en vida la amistad, la uniformidad de ideas, de tareas y de sufrimientos, y que tan unidos viven en mi memoria y en mi corazón.

Preparábanse entre tanto grandes acontecimientos en la nación. Ya desde el año de 1819 se habian notado síntomas de sublevación en el ejército expedicionario de ultramar, reunido en la parte baja de Andalucía. El fuego comprimido por aquel año, estalló en principios del siguiente, proclamando parte del ejército la Constitución de 1812. Respondieron al eco diferentes ciudades, y finalmente la juró el rey en nueve de marzo. Por cierto, tomando despues parte en el movimiento general, publicó la Academia Española un programa de premios de elocuencia y poesía sobre asuntos análogos á las circunstancias. El de prosa era un discurso gratulatorio á Fernando VII por haber jurado la constitución, en el cual se comparasen los principios del gobierno anterior con los del nuevamente adoptado. Al anuncio de abrirse la liza, no pudo menos de sentir sus fuerzas nuestro héroe, y de reconocerse ganoso de romper una lanza. Así, pues, y á pesar de que á ninguno de los individuos de la Academia conocia, puso manos á la obra, presentó su escrito, y nadie pudo disputarle la corona. Recibiola, pues, y con ella una de las mas puras y cumplidas satisfacciones de su vida, por lo mismo que tan seguro estaba de que al mérito, cualquiera que fuese, de su trabajo, no á afecto personal, ni á

recomendación alguna, era deudor de la victoria. Bien quisiéramos que los límites de este artículo nos permitieran insertar algunos trozos: vieran nuestros lectores, no solo los sanos y juiciosos principios en que abunda, en época en que por cierto todavía habia bastantes errores, que despues ha ido desvaneciendo la experiencia; sino la pureza y dignidad oratoria del estilo, tal que al leerla nos parece oír al orador romano, hablando en castellano por boca de Granada. Fué esta la única producción literaria que presentó en aquella época, y acaso la primera que se publicó con su nombre; bien que para lo último fué preciso que la edición la hiciese la Academia. Varon tan señalado y de tan honrosos antecedentes no podia permanecer en el rincón de su hogar en época tan agitada y turbulenta. Buen ciudadano, de aquellos que no conspiran, ni atraen las revoluciones; pero que sirven al gobierno que piensan puede producir la felicidad en su patria, así como elogió las ventajas del régimen representativo, no se contentó con ser ocioso espectador de los esfuerzos que se hacian para plantearle, luchando con mas de una clase de enemigos. Ni por ventura hubiera podido, aunque así lo deseara, quedarse en Talanquera; porque no es posible resistir á la opinión general, cuando fuese dado negarse á las ilusiones de la gloria y á las inspiraciones del patriotismo, especialmente en edad en que no se ha recibido el amargo desengaño de la experiencia, y en que es fácil olvidar y perdonar. Así es que de las filas de la milicia nacional, en que sirvió en el arma de caballería, sacáronle sus conciudadanos para entregarle el bastón de primer alcalde constitucional. ¡ Menguada hora por cierto, que abría una época de tantas amarguras!... Pero corramos un velo sobre aquellos tristes sucesos, mientras llega el día en que apagados por la muerte, no ya solo los resentimientos, sino los pechos donde se abrigaron, pueda la mano severa de la historia poner el dedo en las llagas, y decir de qué parte estuvieron el juicio, la prevision, el acierto, si ya descubre, como creemos, en algunos de los que siguieron distinta bandera, la misma pureza de intención. La memoria se resiste á recordar, la pluma á describir al ilustre patriota acometido, perseguido y proscrito en su mismo país, no hallar asilo sino en las débiles tablas de un barquichuelo, que no sin grave riesgo del naufragio, le condujo al peñon hospitalario de Gibraltar. Refugióse ciertamente allí, no á conspirar contra su patria, sino á esperar que pasase la recia nube que contra él habia conjurado el ciego espíritu de partido, que mientras en las cortes se escuchaba la defensa de su causa por boca, entre otros, del diputado don Agustín Argüelles, confiscaba sus bienes, los malbarataba en la plaza pública, se encarnizaba contra sus servidores, llenaba de espanto á sus adictos, de desolación á su interesante, y entonces huérfana, familia.

Divertía allí, en cuanto era posible, sus pesares con el estudio del idioma, costumbres y literatura del país, complaciéndose sus

autoridades en facilitar al ilustre huésped la entrada en todas las bibliotecas; y en aquel pueblo casi enteramente mercantil, no faltaron quienes rindiesen homenaje á sus talentos. Con su sociedad, y mas aun con la de los tesoros que aquellas encerraban, procuraba él distraer la memoria de los amargos sucesos que le habian llevado á aquellas orillas, y ó bien les manifestaba su gratitud por la acogida maternal que le habian dado, en sentidos versos, en que deploraba amargamente las desgracias de la patria, ó bien se esforzaba en enviar á su virtuosa esposa algunos, que mintiendo tranquilidad y sosiego, derramasen el consuelo y la esperanza en su corazon despedazado. En el estudio del idioma inglés hizo tan rápidos y seguros progresos, que no solo le hablaba con facilidad, sino que llegó á escribir en él, no sin harta propiedad y elegancia, unas observaciones sobre el teatro de aquella nacion, comparándolo con el nuestro.

Entre tanto sucedianse con rapidez los acontecimientos en la Peninsula: á la division, que desgraciadamente se exacerbó mas y mas en los ánimos, siguióse el desconcierto. Pronunciáronse abiertamente hostiles las córtes extranjeras, invadieron las tropas francesas nuestro territorio, buscó nuestro gobierno asilo y defensa en la estremidad de Andalucía, y vencido en ella por las armas extranjeras y la desunion de sus sostenedores, verificóse la reaccion de 1823 en favor de los principios del gobierno absoluto.

Sujetadas en parte las pasiones por la presencia de la fuerza extranjera, volvió Musso á su casa á contemplar dolorosamente los restos de la recia borrasca que habia corrido, y en que estuvo á pique de perecer. Cual fuese entonces su conducta, forzoso es manifestarlo para gloria suya, y aviso y ejemplo de los que creen que son bastantes las persecuciones y las injusticias para disculpar el cambio de opinion en un hombre de bien. Yo por mi juzgo que es esta una de las páginas mas brillantes de su vida; por lo mismo no la ajaré, trazándola torpemente; dejaré á él la gloria de describirla. « En tal situacion: qué deberia yo hacer? La persecucion que acababa de sufrir me daba gran realce á los ojos de los que llevaban la voz, y sin dificultad podia aprovechar la ocasion de ocupar en mi pais un lugar distinguido. Mas para ello era necesario que participase de la efervescencia general, que hiciese del absolutista, y aun del mogigato; que clamase noche y dia contra los novadores, y que lejos de perdonar á mis enemigos, me encarnizase hasta contra los sospechosos. Tal modo de proceder repugnaba ciertamente, no menos á mis principios que á mi carácter; porque, ¿ cómo obrar contra lo que yo mismo habia hecho y alabado, y contra lo que, en mi juicio, reducido á sus justos limites no solo no tenia nada de reprehensible, sino que tambien era lo mas conveniente á la nacion? Yo, á fe mia, no queria aparecer campeón de un orden de cosas que siempre me habia repugnado; y repugnaba todavia mas á

mi conciencia ensañarme con persona alguna. » Mas como el no separarse de estas máximas pudiera haberle suscitado en su pais nueva y recia persecucion, y por otra parte le llamasen poderosamente á la corte su inclinacion á la literatura y la educacion de sus hijos, trasladóse á ella con su familia.

Muerto en Madrid para la vida pública, solo vivia para la literatura, en la cual los hombres de todos los partidos le tributaban gran consideracion. Tradujo por entonces en verso una comedia de Terencio, escribió interesantes observaciones sobre algunas piezas de los teatros de Calderon, Lope de Vega y Cervantes, y sobre la famosa *Celestina*. Pero dedicado principalmente al estudio de su pais, leyó y extrató el itinerario de La Borde y su viaje pintoresco; y por último le hizo muy profundo y detenido de la historia nacional, leyendo y formando extractos y apuntes sobre Mariana, Conde y casi todos nuestros cronistas é historiadores.

En esta época quiso acometer la empresa de escribir la historia de la guerra de la independenciam; mas solicitando del gobierno que se le facilitasen los documentos que existian en los archivos y secretarías, le fué denegada su pretension por Calomarde, que dijo estar ya cometido aquel encargo á quien era bastante á desempeñarle. De esta suerte perdió Musso la ocasion de legar á su patria un monumento digno de su nombre; y si bien el señor conde de Toreno ha llenado posteriormente este vacío con una obra digna de sus talentos, y que acaso será su mas glorioso timbre en la posteridad, los que de cerca hayan examinado los eminentes dotes que reunia aquel para historiador, y de que son insigne muestra algunos trabajos que ha dejado, no nos culparán ciertamente de atrevidos si aseguramos que nada perdieran, y tal vez ganaran mucho, así la literatura, como la gloria nacional, en que en tan alto asunto hubieran luchado escritores dignos de ser rivales en este género.

Su dedicacion á otros ramos del saber no le distraia nunca del estudio profundo de la religion, que, como ya dijimos antes, tuvo siempre en principal lugar. Consta por sus apuntes que solamente de seguido leyó once veces el viejo Testamento, y el nuevo diez y ocho; pero lecturas como todas las suyas, meditadas, detenidas, como de quien no trata de satisfacer la curiosidad, ó tomar una idea de lo que en un escrito se contiene, sino con la prolijidad y meditacion de quien se propone mandarle á la memoria, y esto confrontando textos y versiones, formando tablas cronológicas, añadiendo cuantas ilustraciones podian darle una acertada y piadosa inteligencia de los sagrados libros. He aquí para muestra de su verdadera y sólida piedad, lo que dice á este propósito: « ¡ Y cuán poco, o Dios mio, cuán poco me he aprovechado de tu divina palabra! Dame, Señor, que enmiende lo pasado, dame que me recree y fortalezca con tus santas escrituras: sean mi pasto comun, y dándome Tú, o Dios mio, tu divina luz para entenderlas de la manera que las entiendo tu Iglesia, haz que la meditacion de las eternas verdades

produzca en mi corazón copiosos frutos de justicia, que aparezcan en todas mis obras, en toda mi conducta.»

No apaciguada con esto la ardiente sed de instrucción que le devoraba, abrazó también con igual ardor el estudio de las ciencias naturales.

Al mismo tiempo, cundiendo por todas partes la noticia de su mérito, abríale las puertas las academias, complaciéndose en recibir en su seno á quien tan copiosos frutos les prometía.

Entró primero en la de la Historia, á instancias del sabio obispo don José Sabau, y á ella concurrió constantemente, tomando parte en sus tareas. Trabajó amistad con sus ilustres compañeros, y otros literatos distinguidos, entre los cuales no será fuera del caso nombrar á los señores don Juan Agustín Cean Bermúdez, don Martín Fernández de Navarrete, don Marcial Antonio López, don Félix José Reinoso, don José Gómez Hermosilla, don Sebastián Miñano, y don José Gómez de la Cortina. Andando el tiempo, en virtud de una erudita disertación que presentó á aquel cuerpo sobre ciertas inscripciones romanas de Lorca y Murcia, pasó á la clase de supernumerario.

Para su toma de posesión, leyó un excelente discurso, en que con la profundidad de conocimientos y elegancia de estilo que acostumbraba, demostró que « *nuestra nación solo había sido feliz cuando el gobierno había reunido el vigor y la prudencia necesarios en el que manda.* » Trabajó después en el encargo de arreglar el monetario, evacuó diferentes informes, presentó diversas inscripciones y antigüedades. Celoso de atraer á la corporación miembros que pudieran auxiliarla en sus sabias tareas, proporcionó la entrada en clase de correspondiente al señor don Juan Roca, y en la de supernumerarios á los señores don Alberto Lista, don Pedro Olive y don Serafín María de Sotto, conde de Clonard. Pero lo que inmortalizará su nombre en los anales de la Academia, es la ilustración de la crónica del reinado de don Fernando IV, que se le encomendó; y sobre el cual, y especialmente sobre la regencia de su ilustre madre doña María la Grande, princesa acaso la más esclarecida que ha ocupado el solio castellano, escribió diferentes disertaciones, que son cada una un tesoro inapreciable. Trabajo acaso el más importante que salió de su pluma, porque más que ningún otro demuestra al razonador profundo, al narrador fácil y elegante, y da á conocer cuánto ha perdido la literatura nacional con hombre que tanto hubiera podido realzarla. Materiales eran estos preparatorios para la historia de la vida de aquella insigne heroína, á quien parecía llamado á vengar del agravio de los siglos y de la ingratitud de su nación. Mas á estas y otras grandes empresas, de que luego daremos cuenta, cortó el hilo la muerte, quedando hoy de algunas, al que de ellas recibió la dulce y honrosa confianza, tan solo el pesar de verlas desiertas, estériles, perdidas tal vez para

siempre: nuevo motivo de dolor á los que por tantos títulos cuesta tan irreparable pérdida. Mas volviendo á aquellos trabajos, sea de consuelo á los apreciadores de nuestro padre, que entendemos que la academia se propone publicarlos en el tomo primero, que vea la luz, de sus interesantes Memorias: si tal no fuese, no quedarían ciertamente ocultos; pues así estas, como otras obras suyas, cuidáremos de dar al público su hermano y sus hijos, tan celosos de la gloria del que, ó por la naturaleza, ó por vínculos no menos dulces, llamamos padre y hermano, como creídos de que en ello hacemos un servicio importante á las letras y á la historia de nuestra patria. Entre tanto, y para concluir este asunto, no dejáremos de apuntar que la academia, después de haberle oído leer algunas de estas disertaciones, le nombró su individuo de número, y le confió su secretaría, cuyo cargo estaba desempeñado cuando falleció. También á mediados de 1827 le abrió sus puertas la Academia Española, á propuesta de los señores don Martín Fernández de Navarrete y don Tomás González Carvajal; y fué admitido en la clase de honorario, leyendo en la toma de posesión un discurso *sobre la influencia del carácter de las naciones en la formación de las lenguas, y de estas en los que las hablan*. Meses después ascendió á supernumerario, y á mediados de 30, á individuo del número. En ella, trabajando con el celo que acostumbraba, coadyuvó á la rectificación del Diccionario en que continuamente se ocupa aquel sabio cuerpo; tuvo á su cargo la corrección de todos los artículos pertenecientes á ciencias naturales, y entre otras comisiones en que tomó parte, pertenecía á la de formación de una gramática de la lengua. Con cuanto ardor trabajase en servicio de la corporación, diganlo sus dignos compañeros, que creemos le conocerían pocos iguales en conocimientos, ninguno superior en el deseo de promover el esplendor y la gloria de la academia. Todos aquellos le eran especiales amigos; mas entre ellos sea lícito citar á los señores marques de Santa Cruz, don Félix Torres Amat, obispo de Astorga, don Eusebio del Valle, don Juan Nicasio Gallego, don Manuel José Quintana, don Eugenio de Tapia. — Ni se contentaba con acudir solo con sus afanes al esplendor de la corporación; antes bien se gloriaba de haber hecho tomar parte en la empresa, y propuesto para académicos, á los señores don Alberto Lista, don José de la Revilla, don Mariano Roca de Togores y don Ramón Mesonero Romanos; queriendo que los que le estaban unidos por los vínculos más estrechos de la amistad, tuviesen también con él esta fraternidad de estudios y de tareas.

Pero permítaseme que con la relación de su vida literaria en Madrid, en los años desde el 24 al 30, enlace un hecho que coincidió con ella, y que si tendrá menos interés para los lectores, conmueve profundamente mi corazón. Hablo de la circunstancia que me proporcionó volverle á ver, y que de tal manera unió en adelante nuestra suerte, é influyó tan notablemente en la de mi vida. Antes debo decir, en justo elogio de sus virtudes sociales, que fué siem-